REVISTA DE HUMANIDADES • N.º 15 • 2008 pp. 61 - 69 ISSN: 1130-5029

LA LOCURA CABALLERESCA DE DON QUIJOTE

Miguel Cruz Giráldez

Universidad de Sevilla
mcruzg@us.es

Resumen

Don Quijote era un lector de los libros de caballería que encontró en ellos la base de su personalidad como héroe. Su carácter era una mezcla de sensatez y locura que sorprendía a todo el que lo trataba, pues es la suya una locura condicionada únicamente a lo que toca al tema caballeresco, y que resulta esencial para su propia autoafirmación.

Palabras clave: medicina y literatura, cordura, locura y caballería.

Abstract

Don Quixote was a chivalresque novels' reader who found in these books the base of his own personality as a heroe. His character was a mixture of good sense and madness wich surprised everybody who saw him. It was a madness conditionated to chivalrous aspects, and it is essential for his psychology.

Keywords: medicine and literature, good sense, madness and chivalrous.

El Quijote de Cervantes ofrece muchísimos temas de interés, que en su práctica totalidad han sido ya objeto de innumerables análisis por parte de los especialistas que se han acercado a esta novela a lo largo de los siglos. Sin embargo, conviene que nos detengamos a examinar una cuestión fundamental de la obra maestra cervantina en la que se relacionan la medicina y la literatura, como es la locura caballeresca del hidalgo manchego.

Don Quijote es el punto de partida de la obra. En cierto modo es un intelectual de personalidad y formación librescas y pertenece a un estrato social determinado de la España del Siglo de Oro: la hidalguía. A una edad ya avanzada para la época (unos cincuenta años), no ha hecho nada de interés en la vida. Su existencia ha discurrido en una *áurea mediocritas;* y ya en el umbral de su senectud ha encontrado en la lectura de las novelas de caballerías la válvula de escape que le permite imaginar una vida aventurera que no ha sido precisamente la suya. Don Quijote, como un gran climatérico, quiere recuperar el tiempo perdido o, mejor, no vivido, poniendo en práctica el ideal de la acción. Cervantes lo presenta en el capítulo primero de la obra en su estado inicial de cordura, antes de dar en la extraña manía caballeresca:

"Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza" (I, 1, 39).

Era opinión común en la época de Cervantes que la *complexión* o constitución física de una persona estaba determinada por el equilibrio relativo de las cuatro cualidades elementales (seco, húmedo, frío y caliente), que, por otra parte, a la vez que los cuatro humores característicos del cuerpo (sangre, flema, bilis amarilla o cólera y bilis negra o melancolía), condicionaban el temperamento o la manera de ser. Y la caracterización tradicional del individuo *colérico* coincide fundamentalmente con los datos físicos de don Quijote, quien además de ser *enjuto* y *seco,* tiene piernas "muy largas y flacas" (I, 35, 455), es amarillo (I, 37, 477), "estirado y avellanado de miembros" (II, 14, 802), y presume de la "anchura de sus venas" (I, 43, 556). Además, la versión de la teoría de los humores, propuesta por Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios* (1575), atribuía al colérico unos rasgos de inventiva y singularidad con paralelos en nuestro *ingenioso* hidalgo.

Don Alonso Quijada, o Quesada, Quijana o Quijano es al principio del libro un hombre ya mayor para su tiempo, que ha llevado hasta entonces una existencia tranquila, sedentaria, dedicado a la administración de su casa y que distrae su aburrimiento con la cacería. Pero no ha hecho nada más en la vida: no se ha casado, no ha creado una familia, no le ha ocurrido nada extraordinario ni interesante. Y, sin duda, para compensar esta falta de actividad, de aventura, adquiere la manía de la lectura, de donde se origina su locura libresco-caballeril:

> Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso –que eran los más del año–, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza u aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos (I, 1, 39-40).

En estos libros de aventuras disparatadas encuentra el hidalgo la compensación psicológica que necesita para imaginar las hazañas que faltan en su vida real. Las historias de estos libros solían situarse en tierras fabulosas, exóticas y lejanas, y eran casi siempre inverosímiles, pues podía suceder, por ejemplo, que el caballero venciera sin la ayuda de nadie a un ejército de miles de hombres, o a un gigante o un dragón descomunales. Por lo general, el héroe solía ofrecer su victoria a una hermosa dama, casi siempre una princesa, de la que estaba enamorado, para testimoniarle su vasallaje y rendir su corazón.

Los libros de caballerías fueron leídos con entusiasmo durante todo el siglo XVI por parte de un público heterogéneo, que pertenecía a todas las clases sociales, sobre todo el difundido *Amadís de Gaula* –el preferido de don Quijote–, publicado en Zaragoza en 1508, en la versión y con los añadidos de corte renacentista de Garci Ordóñez (o Rodríguez) de Montalvo. El propio Cervantes sintió también atracción por este género narrativo, aunque lo rechazaba por su falta de verosimilitud y por el daño moral que producía en los lectores, de ahí que se decidiera a combatirlos. Así,

se propuso ridiculizar los libros de caballerías por medio de una novela paródica. Y concibió el *Quijote,* cuyo protagonista es un hidalgo que se vuelve loco tras leer una gran cantidad de libros de caballerías, y que decide echarse a los caminos para revitalizar los primitivos valores de la antigua caballería andante:

> En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo (I, 1, 41-42).

La locura de don Quijote se fundamenta en dos errores básicos: creer que los libros de caballerías son relatos verdaderos, fidedignos, de hechos históricos y pensar que a principios del siglo XVII era factible resucitar la vida caballeresca tal y como había existido en la Edad Media. Don Quijote cree que Amadís y Palmerín de Inglaterra son figuras históricas, que existieron realmente, como el, Cid o el Gran Capitán; y no duda jamás que los caballeros andantes que aparecen en los libros tuvieron vida propia y realizaron efectivamente las hazañas que en ellos se cuentan. Y por otra parte no se percata de que los valores de la sociedad de su época no son ya los mismos que imperaban en la Edad Media, y está convencido de que en la realidad existen gigantes, encantadores, dragones y princesas encantadas.

Ahora bien, don Quijote no es un loco de remate ni mucho menos. La suya es una locura "condicionada" al tema caballeresco: una sorprendente mezcla de locura y buen sentido. Y lo que llama más la atención es que este loco razona numerosas veces mejor que cualquier cuerdo. Así lo ve uno de los personajes más discretos de la obra cervantina, don Diego Miranda, el Caballero del Verde Gabán:

> Lo que juzgó de don Quijote de la Mancha el de lo verde fue que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás; admiróle la longura de su cuello, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura: figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra (II, 16, 820).

Y más adelante:

> –No sé que te diga, hijo –respondió don Diego–; solo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas que borran y deshacen sus hechos; háblale tú, y tómale el pulso a lo que sabe, y, pues eres discreto, juzga de su discreción o tontería lo que más puesto en razón estuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo (II, 18, 843).

Y es que la locura de don Quijote se limita solo al mundo caballeresco: fuera de él, muestra el personaje una gran sensatez, tolerancia y generosidad. En el prólogo de la primera parte de la obra declara Cervantes su intención de atacar los libros de caballerías, tan populares, como hemos dicho, en el siglo XVI. Ahora bien, el novelista se burla de los excesos de dichos libros, no exactamente del idealismo caballeresco,

que es ensalzado por su nobleza en claro contraste con la realidad cotidiana. Para don Quijote, la caballería es un proyecto vital, un camino de perfección en el que tiene como soporte a su soñada Dulcinea, la dama de sus pensamientos y su razón de vida.

La actividad constante es la norma de ser en don Quijote, que se siente realizarse en la acción:

> Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciéndole que el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo, y a los menesterosos de su favor y amparo, y más, con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo (I, 17, 198).

Y es que don Quijote tiene *conciencia de sí mismo:* sabe quién es. Ante el asombro de don Diego Miranda, que se sorprende tanto al verlo, nuestro hidalgo le responde:

> Yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura; y puesto que las propia alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga; así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí en adelante, habiendo ya sabido quién soy yo y la profesión que hago (II, 16, 821).

Así pues, mezcla de lucidez y locura. O mejor, una lucidez general salpicada de raptos momentáneos de locura. Si damos crédito al testimonio de varios personajes del libro, más que un loco que de vez en cuando tiene algunos episodios de lucidez, don Quijote parece más bien un cuerdo que solo en ciertos momentos –cuando toca el punto de la caballería– vive apasionadamente su particular demencia, tal como le dijo el cura a Cardenio:

> Fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocante a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento (I, 30, 390).

Y las mismas razones apuntaría también el bachiller Sansón Carrasco –disfrazado del Caballero de la Blanca Luna– ante don Antonio Moreno:

> Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna. Suplícoos no me descubráis, ni le digáis a don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos y vuelva a cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería (II, 65, 1269).

Y hasta el mismo Sancho Panza, que pasaba por simple, llegó a darse cuenta de esa extraña ambivalencia del personaje:

> Y lo primero que digo es que yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero, con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo a mí se me ha asentado que es un mentecato (II, 33, 988).

En esta paradoja reside la clave del comportamiento del aparente antihéroe que es don Quijote y la causa por la que Cervantes se decidió a tipificarlo como un loco. Estamos aquí ante el uso consciente del paradigma del mundo al revés como un instrumento de subversión estética que, a su vez, es fiel reflejo de la subversión de los valores. Tras ella se revela toda una tradición literaria con la que nuestro autor sin duda estaba familiarizado: aquella que, procedente del humanismo renacentista, se asentaba en el concepto de la *locura lúcida,* tal como había sido formulado por Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de la locura,* un texto fundamental sin el cual no hay modo de entender el *Quijote.* De aquí extrajo seguramente Cervantes esa noción instrumental de la locura como un mecanismo literario idóneo para la sátira y la desmitificación de los convencionalismos sociales; una locura positiva, liberadora, bajo cuya irracionalidad aparente se esconden el buen sentido y la discreción.

Y junto a esta imagen de la locura como paradójica contrafigura de la verdad, hallamos también en el *Quijote* otra base de raíz renacentista: el diálogo. Pablo Jauralde Pou (1982) ve en esta gran innovación de la prosa narrativa cervantina la huella de la tradición dialogística del humanismo: "el diálogo se presentaba, pues, como la forma más permeable de la literatura, la más amena: las novela moderna estaba a punto de nacer".[1]

Y eso es lo que sucede en el *Quijote,* una obra genial en la que la personalidad de los dos protagonistas se va fraguando a través del diálogo. Por un procedimiento mental que un psiquiatra actual diagnosticaría como un delirio, asistimos a una asombrosa metamorfosis: Alonso Quijano el Bueno, trasvasando a la realidad sus propias vivencias oníricas, se convertirá en el caballero andante que hilvana todas las aventuras y da sentido a la obra a través del diálogo con su escudero y con los demás personajes.

Solo al final de la segunda parte, derrotado ya por el Caballero de la Blanca Luna y liberada su mente de aquel delirio, abandonará don Quijote el sueño de la caballería y recobrará la lucidez perdida. Y es que nuestro hidalgo era –no lo olvidemos– un loco obsesivo, o más bien un monomaníaco, cuya locura se asociaba en exclusiva a la pasión caballeresca. En este punto era irreductible, pero en todo lo demás razonaba con un sentido común, con una sensatez, que deja a todos asombrados. Emociona, por ejemplo, la lucidez con que aconseja a Sancho sobre el buen gobierno de la ínsula. Y algo similar le sucedía a su pobre escudero, cuyos modales toscos, brusquedad de formas y hablar castizo contrastaban con la agudeza intelectual

1. JAURALDE POU, Pablo, "Los diálogos del *Quijote:* raíces e interpretación histórica (1982), p. 187.

y la rectitud de criterio con que resolvía los enigmas-trampas propuestos por sus falsos súbditos de Barataria, o cuando denuncia las asechanzas que se esconden tras la falsa apariencia del ejercicio del poder.

Pero a lo largo de la segunda parte de la obra nuestro hidalgo va sufriendo un lento proceso; paulatinamente va perdiendo la fe en la caballería y descubriendo los señuelos del mundo que le rodea. El contacto con Sancho, la experiencia de una realidad bien distinta del ensueño, han ido desmoronando al héroe. Jiménez Arribas (2004) relaciona este estado de ánimo derrotado con la quiebra del diálogo que encontramos en los capítulos finales de la obra:

> Parece claro que don Quijote, a estas alturas de la novela, es víctima ya del desencanto, de una pérdida de voluntad que demuestra su falta de coherencia, en el sentido más puramente sintáctico de la palabra: la desvertebración de la frase. Y esta ruptura es también la de un proceso que ha marcado toda la novela: el diálogo.[2]

Por eso ya no hay solución posible. No hay ahora engaño en una nueva dirección pastoril. Y enfermo, recogido en su casa, después de su vencimiento en Barcelona, el hidalgo Alonso Quijano (no ya don Quijote, pues ha recuperado la cordura), después de hacer testamento, muere cristianamente porque, desde el punto de vista literario, ya no tiene razón de existir.

En conclusión, don Quijote podría haber sido un loco de remate, un simple pelele tan risible como su antecedente Bartolo, el personaje del *Entremés de los romances* que enloqueció leyendo este género de poemas y dio en poner en práctica sus hazañas. Pero Cervantes supo esquivar ese peligro al convertirlo en un *loco entreverado de cordura,* que habla a menudo con mucha sensatez y que tan solo desbarra en cuanto se le toca su manía caballeresca. Además, nuestro ingenioso hidalgo es también un idealista que pretende llevar a la realidad de la época los nobles ideales de la equidad y la justicia y que demuestra su elevación moral de muchas formas a lo largo del libro. Así, su manera de entender el amor, tan pura y elevada que adquiere una validez total fuera incluso de las ficciones caballerescas que engendra la locura del protagonista. El loco razona, pues, con cordura, en tanto que sus amigos cuerdos –el cura, el barbero, el bachiller– ingenian disparatadas locuras para devolver a don Quijote a su aldea, y los duques para burlarse del caballero. Todo es confusión y caos. El hombre moderno ha perdido para siempre sus anclajes y pasadas seguridades. Ahora tendrá que enfrentarse por sí solo a la confusa aventura de su existencia. Y don Quijote es la más perfecta imagen de tan desolador descubrimiento.

2. JIMÉNEZ ARRIBAS, Carlos, "Nota hermenéutica a un episodio del *Quijote*" (2004), p. 107.

BIBLIOGRAFÍA

CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha,* edición del Instituto Cervantes (1605-2005) dirigida por Francisco Rico. Madrid: Galaxia Gutenberg: Círculo de Lectores: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2004. ISBN 84-8109-394-7 (Galaxia Gutenberg); ISBN 84-672-0917-8 (Círculo de Lectores). Al final de las referencias textuales se indican respectivamente la parte (I o II), el capítulo y la página correspondiente de esta edición.

JAURALDE POU, Pablo, Los diálogos del *Quijote:* raíces e interpretación histórica. En: *Instituto de Bachillerato Cervantes. Miscelánea en su cincuentenario. 1931-1981.* Madrid: MEC, 1982, p. 181-193. ISBN: 84-369-0943-7.

JIMÉNEZ ARRIBAS, Carlos, "Nota hermenéutica a un episodio del *Quijote*", en *La literatura en la literatura.* En: *Actas del XIV Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada.* Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 2004, p. 107-114. ISBN: 84-96408-01-9.